

Sistema político y crisis de la Primera República

Alfonso Botti

1. Una premisa necesaria

Italia se encuentra en la actualidad entre una Primera República que ya no existe y una segunda que todavía no está. Dicho de otra forma y con relación al sistema político, al cual se limitará la presente aproximación, el país sigue viviendo en una grave crisis para la cual no se ve, de momento, posible salida. Por esta razón la perspectiva desde la cual se analizarán los acontecimientos más significativos que han llevado a esta situación se coloca bastante lejos del énfasis periodístico con el que se ha valorado de «revolución» lo ocurrido y de «Segunda República» lo que ha venido después. Como, por otro lado, el presente enfoque mantiene igual distancia de la valoración, propia de determinados ambientes políticos y de muchos medios de información europeos, según la cual Italia habría vuelto atrás y estaría amenazada por el fascismo.

Así como en los años veinte el fascismo no fue mera reacción derechista, sino algo nuevo e inédito, interpretar ahora con claves del pasado el fenómeno Berlusconi no es más que heroica resistencia a la posibilidad de entender lo que es la nueva derecha y de dónde surgen en verdad los peligros para la democracia.

La concentración del poder, la falta de control del mismo por parte de los ciudadanos, la involución de los institutos de la vida democrática, la degeneración de los partidos, la corrupción, la incapaci-

dad de solucionar los problemas económicos y de recuperar al menos la tercera parte de la población que vive en la pobreza, el paro, la crisis del Estado social, la falta de reglas, el poder de la televisión y otros medios de comunicación, la dificultad de gobernar los procesos mundiales que se han desarrollado después de la caída de la muralla de Yalta; son hechos que afectan, en diferente medida, a muchos países de Occidente. Lo que ocurre en Italia no es otra cosa ni puede entenderse fuera de este marco general. Más apropiado parece entonces colocar la crisis italiana dentro del estado nada saludable en el que se encuentran «las democracias» en este fin de siglo, justamente cuando pueden hacer gala de su triunfo frente al llamado socialismo real contra el cual han sido aliadas y han luchado durante varias décadas.

Sólo a partir de estas premisas es posible detenerse sobre los acontecimientos italianos de los últimos años, que por ser parte integrante de procesos más amplios no dejan de tener forma y aspectos peculiares, vinculados a la anterior historia del país e interpretables a la luz de la historiografía sobre las líneas de desarrollo de Italia en la segunda postguerra ¹. Un rápido recorrido a través de las décadas anteriores nos permitirá entender mejor el pasado más reciente.

2. «Democracia de los partidos» y «*conventio ud excludendum*»

Italia llega a ser una República y hace su ingreso en la democracia después de una modélica dictadura de partido único, de una guerra mundial desastrosa, de una doble ocupación militar y de una lucha de liberación nacional contra uno de los dos ocupantes que bajo muchos aspectos fue también una guerra civil. La morfología del sis-

¹ En particular véanse: GINSBORC, P., *Storia d'laLia daL dopoguerra a oggi. Società e politica*, 1948-1988, Turín, 1989; SCOPPOLA, P., *La Repubblica deiparliti. Profilo storico deLLa democrazia in Italia (194.5-1900)*, Bologna, 1991; LANARO, S., *Storia deLL'laLia repubbLicana. Dalla fine deLLa guerra agLi anni novanla*, Venecia, 1992. Muy interesante resulta además el texto de una mesa redonda entre los tres historiadores publicada con el título «L'Italia repubblicana: tre autori a confronto», en *Passato e Presente*, núm. 29, 1993, pp. 11-32. Deben tenerse en cuenta también los estudios siguientes: SASSOON, D., *L'Italia contemporanea. I parliti, Le politiche, La società daL 194.5 ad oggi*, Roma, 1988; MAMMARELLA, C., *L'Italia contemporanea*, Bologna, 1992; LEPRE, A., *Storia deLLa prima Repubblica. L'laLia daL 1942 al 1992*, Bologna, 1993; VALLAURI, C., *I Partiti da De Gasperi a Berlusconi*, Iloma, 1994; VV. AA., *Lezioni suLL'laLia repubbLicana*, Iloma, 1994; COLARIZI, S., *Storia dei partiti neLL'laLia repubbLicana*, Bari-Roma, 1994.

tema político italiano está toda inscrita en sus orígenes y en el marco internacional que determina desde el principio la soberanía limitada del país ². Hasta el punto que no se entiende nada de la historia política italiana posterior sin remontarse al período 1943-1948, fechas que separan la caída de Mussolini de la Constitución democrata y, a nivel internacional, el comienzo de la guerra fría.

Después de la instauración del régimen fascista, que contó con la ayuda de una ley electoral mayoritaria (ley Acerbo de 1924), y después de veinte años de partido único, no es de extrañar que la preocupación principal en el primer postfascismo fuera la de garantizar el pluralismo político por medio de un sistema electoral rigurosamente proporcional y la de construir el edificio de la República, a partir de la Constitución, sobre los partidos que más habían luchado contra la dictadura.

Pero ya desde la primavera de 1947 se manifiesta la que será la segunda característica del sistema político italiano, que además de ser «democracia de los partidos» es también un sistema bloqueado, que no admite cambios. Es decir, sin alternativa o, como se ha definido años después, de «bipartidismo imperfecto». El cual trae consecuencia de la ruptura de la «unidad nacional» realizada por el líder de la Democracia Cristiana y jefe del Gobierno, De Gasperi (a la vuelta de un viaje a los Estados Unidos), cuando por primera vez desde la liberación forma un gobierno sin socialistas ni comunistas.

Desde entonces hasta 1989 Italia vive, en el mundo dividido por Yalta y la guerra fría, en la frontera entre los dos bloques en una situación peligrosa y atípica. Tiene el más importante (por fuerza numérica y elaboración estratégica) Partido Comunista de Occidente; vive en una democracia que sin los comunistas (y las izquierdas) habría tardado en llegar o habría sido imposible y de la cual ellos han contribuido a dibujar las reglas, pero en la cual los comunistas (y las izquierdas) no pueden gobernar porque Occidente, la derecha interna e internacional, no lo admite y lo impide con muchos medios y grandes recursos ³.

² La vinculación de la política interna italiana a las exigencias del bloque occidental ha sido objeto de varios estudios que resulta innecesario citar en este contexto. Por contra, parece oportuno señalar la aportación de DE FELICE, F., «Doppia lealtà e doppio Stato», en *Studi storici*, núm. 3, 1989, pp. 493-563, por su novedosa articulación interpretativa de la soberanía limitada.

³ A propósito del debate parlamentario sobre la ley electoral, véase BETTINELLI, E., *All'origine della democrazia dei parlili. L'aformazione del nuovo ordinamento elec-*

En la raíz de los gobiernos de centro de los años cincuenta y de centro-izquierda de los sesenta estará la llamada *conventio ad excludendum*: el acuerdo entre las fuerzas moderadas para excluir del Gobierno a la izquierda comunista. Mientras que análoga interdicción no afectará a la extrema derecha fascista, cuyos votos en ocasiones serán aceptados por las fuerzas políticas moderadas para alcanzar la mayoría parlamentaria.

El panorama cambia alrededor de la mitad de los años setenta, cuando por las consecuencias del movimiento de 1968-69, por el impacto de la crisis económica que estalla con la petrolífera de 1973 y en el marco del ataque terrorista al Estado, aparece un controvertido intento de desbloquear el sistema que sigue en auge desde 1947.

Esa posibilidad arranca de la estrategia de «compromiso histórico» del PCI y de la actuación de Enrico Berlinguer y Aldo Moro.

Al primero corresponde la propuesta de encuentro entre los grandes componentes políticos y culturales de la sociedad italiana (comunistas, socialistas y católicos), lanzada en 1973 bajo la influencia del golpe de Pinochet en Chile (donde una mayoría legal de izquierda no había conseguido evitar la reacción sangrienta por parte de la derecha). Poco después los comunistas italianos confirmarán su fidelidad a las instituciones democráticas luchando contra el terrorismo de las Brigadas Rojas y dando una aportación decisiva a su aislamiento po-

torale nd periodo costituente (1944-1948), Milán, 1982. Merece la pena destacar que mientras Cinsborg (*op. cit.*, pp. 92-159) YScoppola (*op. cit.*, pp. 85-207), aun con diferentes matices, consideran positiva la aportación de los dos grandes partidos de masas (DC y PCI) en la fase de fundación de la República, Lanaro (*op. cit.*, pp. 37-138) ve el origen de la «partitocracia» y del «consociativismo» ya en el Comité de Liberación Nacional (CLN) y en el compromiso constitucional. Cabe también recordar aquí el gran interés que la contemporaneística italiana sigue teniendo para el terna de la continuidad entre fascismo y posfascismo, que en su evolución más reciente ha sido problematizado con respecto a las relaciones entre la sociedad civil, los partidos y el Estado para significar una similar ocupación de la sociedad civil y del Estado por parte del partido único antes, de «los partidos» después de 1945. Aunque sugerente, esta hipótesis no ha superado todavía el umbral de las enunciaciones que se pueden leer en CAFACNA, L., *La grande slavina. L'Italia verso la crisi della democrazia*, Venecia, 1993, pp. 62-64; CALLI DELLA LOGGIA, E., «Le radici storiche di una crisi», en *IL Mulino*, núm. 352, 1994, pp. 227-236, 231; ID., *Intervista sulla destra*, Bari-Roma, 1994, pp. 73-74. Las mejores aportaciones, en fin, al análisis del sistema político italiano son: CALLI, G., *IL bipartitismo imperfetto. Comunisti e democristiani in Italia*, Bolonia, 1966; FARNETTI, P., *IL sistema dei partiti in Italia, 1946-1979*, Bolonia, 1983 (1a ed. 1973); SAHTOHL, G., *Teoria dei partiti e caso italiano*, Milán, 1982; PASQUINO, G., *Degenerazione dei partiti e riforma istituzionale*, Roma-Bari, 1982.

lítico, causa principal de su derrota. Berlinguer, además, en una entrevista publicada el 15 de junio de 1976 afirmará encontrarse más tranquilo bajo el paraguas de la ùTAN, corroborando de esta forma la opción atlántica de su partido.

Por su parte, en la Democracia Cristiana es Aldo Moro el que plantea la necesidad, después del centrismo y del centro-izquierda, de una «tercera fase» en la cual se reconozca al PCI la legitimidad para gobernar⁴. Le ayudan los resultados de las elecciones regionales de 1975, que entregan a la DC el 35,3 por 100 y al PCI el 33,4 por 100 de los votos, y de las políticas generales del año siguiente cuando la DC consigue el 38,3 por 100 y el PCI alcanza el techo máximo de toda la segunda postguerra, con el 34,4 por 100 de los votos (datos relativos a la Cámara).

Contra esta solución hubo una movilización interna e internacional sin precedentes, a menudo entrelazadas.

En primer lugar por parte de los aliados occidentales (está la famosa entrevista entre Moro y Kissinger de 1974 y la declaración del embajador estadounidense en Roma, John Volpe, del 20 de septiembre del 75; en febrero-marzo del 76 están las declaraciones del presidente Gerald Ford y del Departamento de Estado de los EEUU; existe una declaración del canciller Helmut Schmidt de julio del mismo año en nombre también de EEUU, Francia y Gran Bretaña). En segundo lugar hubo atentados terroristas por parte de grupos neofascistas y maniobras de todo tipo por parte de los Servicios Secretos, ambos vinculados con varios ambientes internacionales⁵. Se dio, en

⁴ Véase SCOPPOLA, P., *La repubblica dei partiti*, cit., pp. 355-394.

⁵ El 28 de mayo de 1974 estalla una bomba (8 muertos, 101 heridos) en la plaza principal de Brescia mientras se celebra un mitin antifascista. En la noche entre el 3 y el 4 de agosto una bomba, reivindicada por una organización neofascista (*Ordine nero*), tiene como resultado 12 muertos y 48 heridos en el tren «Talius». Vuelve de esta forma aquella «estrategia de la tensión» que había sido estrenada el 12 de diciembre de 1969 en Milán con la matanza en la *Banca dell'Agricoltura* (16 muertos) y que encontrará su cumbre el 2 de agosto de 1980 cuando un atentado en la estación de ferrocarriles de Bolonia deja en el suelo 85 muertos y 200 heridos. Más en general entre 1969 y 1980 se registran en Italia 12.690 entre atentados y episodios de violencia política que han provocado 362 muertos y 4.490 heridos, incluidas las víctimas de terrorismo rojo y con exclusión de los delitos de mafia. Sobre el argumento existe abundante literatura. Para orientarse se pueden leer: DE LUTIS, G., *Storia dei servizi segreti in Italia*, Roma, 1984; PHOVVISIONATO, S., *Misteri d'Italia*, Bari-Roma, 1993; SILI, A., *Malpaese. Criminalità, corruzione e politica nell'Italia della prima Repubblica*, 1942-1994, Roma, 1994, pp. 113-167.

fin y como hecho decisivo, la captura por parte de la Brigadas Rojas de Aldo Moro y su asesinato ⁶.

Por causa de estas fuertes resistencias, a las que hay que añadir las de gran parte de la propia Democracia Cristiana, nada entusiasta con la perspectiva trazada por Moro, el PCI no consiguió entrar en el Gobierno del país. Sólo alcanzó ingresar en el área de la mayoría, apoyando a dos imponentes gobiernos Andreotti: el primero (31 de julio de 1976-16 de enero de 1978) con la abstención; el segundo (11 de marzo de 1978- 31 de enero de 1979) con su voto favorable de confianza, dado en la situación de emergencia provocada por el secuestro de Moro.

El experimento del llamado gobierno de «solidaridad (o unidad) nacional» sigue siendo diferentemente valorado por historiadores y politólogos. Con el transcurso de los años está adquiriendo vigor la interpretación de *quien*, lejos de ver en esta fase un intento fracasado de salida de un sistema político bloqueado, ve en ella justamente lo contrario. Es decir, la degeneración máxima de dicho sistema y el nacimiento de aquella praxis que se ha llamado *consociativismo* para describir una situación política en la cual no hay ni verdadera mayoría ni verdadera oposición, sino que la primera y la segunda por medio de un tácito acuerdo (y de un complicado juego de vetos) comparten el poder aun si en partes desiguales ⁷.

Sin entrar en un examen pormenorizado de esta interpretación donde conviven posturas distintas, complicadas por muchos matices, habría que subrayar la diferencia entre el «compromiso histórico» que era indudablemente una estrategia de largo alcance y los gobier-

⁶ La vinculación existente entre el asesinato del líder demócrata-cristiano y su postura abierta frente a los comunistas fue evidente desde el principio. Está ahora confirmada por declaraciones de los propios terroristas, por sentencias de tribunales, por comisiones de investigación parlamentarias y por literatura de diferente naturaleza, desde la periodística hasta la historiográfica. Véanse al respecto: SENATO DELLA REPUBBLICA-CAMERA DEI DEPUTATI, *Relazione della Commissione parlamentare d'inchiesta sulla strage di via Fani, sul sequestro e l'assassinio di Aldo Moro e sul terrorismo in Italia*, Roma, 1983; FLAMIGNI, G., *La tela di ragno. Il delirio Moro*, Roma, 1988.

⁷ Según parece, el término ha sido tomado de A. Lijphart (*Democracies. Pallerns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-one Countries*, Londres, 1984) que lo utiliza con otro significado. Sobre el «consociativismo» véanse: HODURÁ, S., «La costituzione materiale ai tempi dell'unita nazionale», en *Laboratorio politico*, núms. 2-3, 1982, pp. 63-92; PIZZORNO, A., *Le radici della politica assoluta e altri saggi*, Milán, 1993, pp. 285-313.

nos de «solidaridad nacional», que fueron algo circunstancial, determinado además por una situación excepcional, como la crisis económica y el terrorismo. Razón por la cual no parece contradictorio afirmar que hubo efectivamente *consociativismo* y al mismo tiempo un intento de salir de una situación bloqueada.

Sea como fuere, parece cierto que la estrategia del compromiso histórico y su fracaso durante la fase de la «unidad nacional» no dejan las cosas como estaban. El ocaso de la *conventio ad excludendum* se ve en el horizonte.

3. El «poder de coalición» y el craxismo

Para la historia política italiana los años ochenta empiezan el 9 de mayo de 1978, cuando el cadáver de Aldo Moro es encontrado a mitad de camino entre las sedes nacionales de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista. El mensaje es clarísimo: se ha eliminado el hombre de la mediación y del posible encuentro. De hecho su asesinato hace desaparecer al único político capaz de convencer a los demócratas cristianos, a la Iglesia y a las fuerzas moderadas del acercamiento a los tradicionales adversarios y deja a los comunistas sin interlocutor.

Frente a un gobierno Andreotti que involucra a los comunistas en una parálisis progresiva y que no cumple, el PCI no tiene otra opción que la de retirar su confianza. Hecho que, como se ha dicho hace poco, determina el fin de la fase de la «solidaridad nacional».

En febrero de 1980 el XIX Congreso de la DC pone la marcha atrás y aprueba una moción en la que se excluye categóricamente la posibilidad de una alianza con el PCI. El 28 de noviembre del mismo año Berlinguer, tomando conciencia de la involución de la DC, abandona el «compromiso histórico» y vuelve a la oposición afirmando que corresponde a su partido la tarea de promover un gobierno de hombres honrados a la altura de las circunstancias.

En la escena política del país quedan dos grandes partidos (en 1979 DC y PCI obtienen, respectivamente, el 38,3 y el 30,4 por 100 de los votos) que ya no marchan hacia un encuentro, sino que se consideran alternativos y que no tienen la mayoría suficiente para gobernar sin el apoyo de los partidos intermedios o menores (PSI, PSDI, PRI, PLI). A la *conventio ad excludendum* sucede así la llamada «po-

sición de renta» o «poder de coalición» (o «renta de situación») de los partidos menores. Un poder que arranca del sistema electoral proporcional que nadie ha puesto en discusión con anterioridad⁸ y que permite a las pequeñas fuerzas políticas reivindicar «igual dignidad» frente a los dos partidos mayores.

Quien saca más provecho de la circunstancia es, sin lugar a dudas, el secretario del Partido Socialista (el más antiguo de los partidos italianos y el más grande entre los pequeños), Bettino Craxi, cuyo liderazgo caracterizará la parte central del decenio. Para facilitar un dato extremadamente significativo de lo que ha sido el poder de coalición es suficiente recordar que ya a finales de 1981, con el 10-12 por 100 de los votos, los socialistas administran alrededor del 90 por 100 de las capitales de provincias. Pero antes de fijar la atención sobre lo que ha representado el craxismo con relación al sistema político italiano es preciso subrayar un aspecto sobre el que ha habido muchos equívocos. Nos referimos a la presunta inestabilidad de la política italiana.

Desde el fin de la «solidaridad nacional» de principios de 1979 hasta el primer gobierno Craxi (agosto de 1983), en cuatro años y medio se suceden siete gobiernos. Después del segundo gobierno Craxi, que dimite el 3 de marzo de 1987, hasta el gobierno de transición de Carlo Azeglio Ciampi, querido por el presidente Scalfaro para llevar a cabo la reforma electoral, y que toma posesión el 28 de abril de 1993, en seis años se suceden seis gobiernos. Es decir, un total de quince gobiernos en algo menos de catorce años. En el mismo período se celebran cuatro elecciones políticas generales (1979, 1983, 1987, 1992) con, entre una y otra, varias otras: administrativas parciales y regionales (1985, 1990, 1991, 1992); europeas (1979, 1984, 1989). A las que se añaden varios referéndums (1981, 1985, 1987, 1990, 1991, 1993). Sin que todas y cada una de esas ocasiones no fuesen interpretadas en función del marco político general. Con todo esto, una mirada a la composición de las múltiples alianzas gubernamentales permite afirmar con toda claridad que a lo largo del decenio ni hay modificaciones sustanciales en la composición de la mayoría ni mucho menos un cambio en favor de la oposición. Es decir que, como ha sido observado por un historiador muy atento a la rea-

⁸ Sobre el culpable desinterés por la reforma del sistema electoral en los dos mayores partidos ha escrito páginas muy lúcidas SCOPPOLA, P., *op. cit.*, pp. 369 y 375.

lidad italiana, hay una «gran continuidad política» en los años ochenta. «Por más de veinticinco años, en efecto, con raros intervalos -continúa el mismo estudioso- la alianza DC-PSI ha formado la base del Gobierno en Italia. (...) Esta alianza ha sido en realidad una de las más duraderas de la política europea y la forma dominante de gobierno en la historia de la República»⁹.

Volviendo al hilo del discurso, otro historiador de talla ha escrito que Craxi irrumpe «como un ciclón en las aguas estancadas de la política italiana»¹⁰. Con un descuento de énfasis podría reconocerse que sin el sistema proporcional el singular fenómeno de un pequeño partido que pretende representar el agujero de la balanza teniendo por rehenes a la mayoría de las fuerzas políticas a lo largo algunos años no se habría producido. Pero si la efímera fortuna de Craxi es un fruto del sistema político italiano, esto no quita que su actuación produzca (*malgré flU*) un enorme impacto sobre el sistema mismo, contribuyendo, con el concurso de otras varias causas, a su crisis.

Se ha periodizado la parábola política recorrida por Craxi en tres fases. La primera va desde su elección como secretario del partido en julio de 1976 hasta su ascenso a la jefatura del Gobierno en agosto de 1983. La segunda abarca los cuatro años, hasta 1987, de sus dos gobiernos. La tercera es la que va desde 1987 hasta 1993: los años del llamado CAF (de las iniciales del propio Craxi, de Andreotti y de Forlani) en los que el líder socialista orienta y subordina toda la acción del partido para volver a la presidencia del Consejo en la perspectiva -según parece- de alcanzar después la jefatura del Estado.

Admitiendo que habría mucho que decir sobre las dos primeras fases, alguna reflexión merece la tercera. Cuando el 3 de marzo de 1987 Craxi dimite de la presidencia del Consejo por no poder resistir más el cumplimiento del acuerdo con los aliados que preveía un automatismo en el relevo, la situación es la siguiente: la DC no ha perdido ni su centralidad ni su consenso electoral (tenía el 32,9 por 100 de los votos en 1983, antes del primer gobierno Craxi; obtiene después de su dimisión el 34,3 por 100); de la «larga ola» que habría tenido que llevar al PSI a un lento pero irresistible ascenso electoral no queda más que el modesto incremento del 2,9 por 100 (es decir, la diferencia entre el 11,4 de 1983 y el 14,3 por 100 de 1987), y tam-

⁹ GINSBORG, P., *op. cit.*, pp. 566-567.

¹⁰ LANARO, S., *op. cit.*, p. 411.

poco el adelanto del PCI se ha realizado, puesto que aun perdiendo votos (29,9 por 100 en 1983, 26,6 por 100 en 1987), los comunistas siguen siendo la principal fuerza de la izquierda italiana y del eurocomunismo.

Pero en lugar de limitar sus ambiciones y rectificar la línea del partido, en la tercera fase Craxi comete una serie de fallos políticos que revelan toda su megalomanía y el vacío estratégico que se esconde detrás de su brillante actuación táctica. Pertenecen al largo elenco: la escasa atención que pone en la transformación del PCI en PDS después de la caída del muro de Berlín en la espera de que los ex comunistas confluyan en la «unidad socialista»; la campaña para limitar el poder de la magistratura y subordinar los fiscales al ministro de Justicia; el apoyo a la extravagante actuación del presidente Cossiga, que de repente empieza a jugar en favor de una República presidencialista; la invitación a los electores a irse a la playa con ocasión del referéndum de junio de 1991 para la abolición de los votos de preferencia; la no percepción de la necesidad de moralizar la vida pública a partir de la de los partidos; la superficialidad con la que se enfrenta con el naciente fenómeno de las Ligas; el modo con el que reacciona cuando la magistratura milanesa descubre la implicación socialista en la corrupción y lo involucra en la misma ¹¹.

Además, el personaje resulta bastante antipático. Su arrogancia y presunción le impiden tener buenas relaciones con una parte de la prensa. Otra parte, acostumbrada por tradición al obsequio hacia los que mandan, escribe una de las páginas más negras del periodismo nacional. Y tampoco esto le ayuda. Contribuye a hundir su imagen el nepotismo con relación a su propia familia: coloca a su cuñado en la alcaidía de Miján y a su hijo, poco más que un chaval, en la cumbre del socialismo milanés, mientras que una de sus hijas vende programas a la televisión pública.

Es demasiado, incluso para un país acostumbrado a tragarlo todo.

Bajo su liderazgo, en fin, el PSI llega a ser un partido sin ninguna vida democrática interna, que ya no está vinculado ni a una ideolo-

¹¹ En algunos aspectos se ha seguido la útil reconstrucción de un testigo fiable, en un primer momento convencido de la novedad y de la bondad de la línea craxiana: MARTINELLI, A., «Ascesa e declino del partito socialista di Beuino Craxi», in *L'Unità*, 15 de febrero de 1993. También véase PADELLAHO, A., Y TAMBUIHANO, O., *Processo a Craxi. Ascesa e declino di un leader*, Milán, 1993, y más en general, DECLINOCENTI, M., *Storia del PSI dal dopoguerra ad oggi*, Roma-Bari, 1993.

gía ni a un programa, sino a la imagen del jefe, confiando únicamente en su habilidad. La personalización, la espectacularización y la americanización de la política reciben por parte de Craxi un empuje decisivo. La «mutación genética» del Partido Socialista, de la cual ya entonces se enteran los analistas más lúcidos y algunos de los adversarios políticos, con el transcurrir de los años aparece siempre más claramente no sólo como un cambio de campo (desde la izquierda hasta el centro), sino como algo que afecta a la «forma-partido» en sí y a «las formas de la política» (por así decirlo) más en general.

Sin el cambio de estas «formas» resultaría imposible interpretar lo acaecido algunos años después cuando Berlusconi conseguirá en pocos días inventar una nueva fuerza política y llevarla al triunfo electoral de 1994.

4. La víspera de la crisis (1989-1992)

A pesar del carácter inacabado --como se ha dicho-- de la actual crisis, ya se puede intentar una primera periodización y ubicar en los años 1989-1992 la víspera de la crisis del sistema político italiano, cuyos pródomos se han buscado a lo largo de las décadas anteriores.

A finales de los ochenta la «democracia de los partidos» ha llegado a la postre y un número creciente de italianos ya la percibe como «partitocracia». Igualmente difundida es la sensación de asco hacia la *Lottizzazione* como práctica de división entre los partidos de cualquier aspecto de la vida pública, aun si pocos tienen la percepción exacta de las dimensiones de las ilegalidades y de la corrupción que se esconde bajo estas reglas no escritas.

Perdidas las relaciones con la sociedad civil, dominados por los aparatos, los partidos de la mayoría se han convertido en autorreferenciales: piensan en sí y se relacionan entre ellos como si fueran los únicos sujetos de la política y la verdadera sede de la soberanía popular.

Algo de esta actitud contamina al PCI, que también está viviendo el problemático y delicado proceso de transformación en Partido Democrático de la Izquierda (PDS).

El tema de la transformación del PCI, anunciado ya desde 1985, merecería ser tratado aparte.¹² Aquí sólo cabe destacar lo contradic-

¹² Quizá en este sentido hay que interpretar la declaración del 17 de enero de 1985 de Occhetto, entonces vicesecretario del PCI, de que el partido realizará una «re-

torio de su resultado. En efecto, el PCI lleva algunos decenios reivindicando su propia diversidad. Frente a los demás partidos comunistas puede hacer gala de su enorme fuerza e impresionante capacidad de movilización, del rechazo del sectarismo, de su original elaboración de una vía nacional hacia el socialismo. Frente a los demás partidos italianos puede presentarse como un garante de la Constitución, como un partido con las manos limpias por su buena administración en las llamadas «regiones rojas» y como alternativa al sistema de poder demócrata-cristiano. En esta dirección procede Berlinguer en los últimos años de su vida, en los que pone particular vigor en la lucha contra la degeneración de los partidos, la corrupción y plantea la necesidad de afrontar de una vez la «cuestión moral»¹³.

En cambio, el generoso esfuerzo de Occhetto resulta, de hecho, orientado a acabar con la misma imagen de esta diversidad para facilitar el último paso hacia la completa legitimación del nuevo partido como fuerza de gobierno y para compatibilizar el PDS con el sistema político italiano. Esto -ironía de la historia o incauta previsión política que fuera- justamente en la víspera del estallido del sistema político mismo. Así que el PDS, precisamente cuando habría podido hacer gala de su diversidad, se encuentra en la cumbre de su proceso de homologación. No se encuentra en una estación feliz. Se le impone por muchas partes una autocrítica sin piedad sobre sus anteriores

volución copernicana». Elegido secretario el 21 de junio de 1988, al cabo de un año Occhetto obtiene el voto favorable del Comité central (67,7 por 100) para cambiar el nombre, el símbolo del partido y poner en marcha la fase constituyente. La propuesta fue aprobada por el XIX Congreso (Bolonia, 7-11 de marzo de 1990) con el mismo porcentaje de votos. El proceso se concluye en Rimini en el Congreso, entre enero y febrero de 1991, de fundación del PDS. Véase ICNACI, P., *Dal pe/ al PDS*, Bolonia, 1992.

¹³ Merece destacarse al respecto la denuncia de Berlinguer que en una entrevista de finales de julio de 1981 había llamado la atención sobre hechos que según su opinión estaban «bajo los ojos de todos». Había afirmado en aquella ocasión: «Los partidos de hoy son sobre todo máquinas de poder y de clientela: escaso o mitificado conocimiento de la vida y de los problemas de la sociedad, de la gente; ideas, ideales, programas pocos o vagos, sentimientos y pasión civil, cero. Gestionan intereses, los más diferentes, los más contradictorios, a veces incluso sucios, en cualquier caso sin relación alguna con las exigencias y las necesidades humanas emergentes, o de otra forma, distorsionándolas, sin perseguir el bien común. Su misma estructura organizativa se ha conformado ya a este modelo; ya no son organizaciones del pueblo, formaciones que de éste promueven la madurez civil y la iniciativa: son, al contrario, federaciones de corrientes, de camarillas, cada una con su *boss* y sus *viceboss*». Véase *La Repubblica*, 28 de julio de 1981.

responsabilidades con relación al *consociativismo* (olvidándose el PSI de haber compartido la misma perspectiva y actuación) 14. Por otro lado, y para ser admitido en el juego, entre 1990 y 91 se acerca peligrosamente al PSI de Craxi. Al fin y al cabo no hay que olvidar que es un partido debilitado y arrinconado, el que acaba de transformarse en PDS unos pocos meses antes de que estalle la crisis, que no está en condición de prever y en la cual -como ha sido oportunamente observado- la oposición de izquierda no ha jugado ningún papel 15.

La crisis de la Primera República es el resultado de por lo menos tres causas distintas y entrelazadas. Causas internacionales e internas, cada una de las cuales ha tenido su importancia, pero cada una de las cuales no habría tenido el mismo impacto y la misma eficacia sin las otras.

La primera, en orden cronológico, es el nacimiento y el desarrollo de las Ligas, que por lo que se refiere a las fuerzas políticas representan el hecho más significativo de toda la segunda postguerra 16. Su éxito deriva, en primer lugar, de los procesos de secularización y de la crisis de las subculturas católica y comunista. Está relacionado, en segundo lugar, con los tradicionales desequilibrios entre norte y sur y con la protesta contra la peculiar versión asistencialista y clientelar que el Estado social ha tenido en Italia, sobre todo en virtud de la larga hegemonía demócrata-cristiana en el Mezzogiorno. Así que en las regiones septentrionales del país es en la Liga donde se coagula la protesta contra la partitocracia. Su aportación a la crisis de la Primera República está justamente en esto: en orientar una parte considerable del electorado tradicionalmente moderado (pero no sólo éste) contra lo existente y en favor de un cambio. Hacia dónde, ni tan siquiera sus improvisados ideólogos lo saben, puesto que a menudo no coinciden con los retos proclamados el día anterior.

Una segunda causa viene de los múltiples efectos en la realidad italiana de la caída del muro de Berlín. Al margen de la transforma-

¹⁴ Lo recuerda muy oportunamente SCOPPOLA, P., *op. cit.*, pp. 376-379.

¹⁵ La valoración es de Vittorio Foa en FOA, V., y GINSBORG, P., *Le virtù della Repubblica*, Milán, 1994, p. 19.

¹⁶ DIAMANTI, I., *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto politico*, Roma, 1993, p. 3. Además del artículo de Pier Paolo Poggio en este mismo número de *AVER*, sobre la Liga, véanse: DE LUNA, G., *Figli di un benessere minore. La Lega, 1979-1993*, Florencia, 1993; «La questione settentrionale», en *Meridiana*, 1993, núm. 16; PAJETTA, G., *Il Grande camaleone*, Milán, 1994.

ción del PCI, que se acelera a la vista de los ladrillos berlineses, sería falso decir que la clase política en el poder perciba con rapidez (de la cual nunca ha podido hacer gala) lo que supone el evento. Pero, algunos, despacito y con sus ritmos, empiezan a enterarse de que algo ocurre. y a la tardía constatación de que ya es imposible continuar como antes sigue la cauta afirmación de la necesidad de cambiar algo.

Despegado en 1979 como un Concorde de bandera craxiana hacia el cielo de la «gran reforma institucional», que en principio no excluía la Constitución, el cambio aterriza, después de muchos años y de varios cambios de ruta, como una avioneta de hélice cargada con varias propuestas de modificación del sistema electoral. A lo largo del vuelo (primero en la Comisión parlamentaria Bozzi, después en la «Bicameral» presidida antes por De Mita, luego por Nilde Iotti) se ha debatido la elección directa del presidente de la República y/o del jefe del Gobierno; la posible unificación del Parlamento y la reducción del número de diputados; el premio de mayoría y el posible quórum¹⁷. Toma tierra además en virtud del secuestro que los referendums representan, puesto que es sobre todo el resultado de éstos el que hace necesaria la reforma electoral.

El papel más destacado corresponde en este terreno al diputado demócrata-cristiano sardo Mario Segni, que apuesta por la reforma electoral como palanca para abrir el camino a una efectiva alternancia en el Gobierno y, en consecuencia, al desbloqueo del sistema político. A él se debe la fundación, en 1988, del Movimiento para la Reforma Electoral, al cual se suman intelectuales y políticos de distintos orígenes, que después de varias vicisitudes¹⁸ consigue que se celebre el referéndum de 1991 sobre la abolición de los votos de preferencia en la Cámara (que alcanza el 95 por 100 de los votos expresados) y de 1993 sobre la abrogación del sistema proporcional al Senado (82,3 por 100 de los que van a votar)¹⁹.

¹⁷ Las líneas del ultradecenal debate parlamentario y politológico están reconstruidas en SCOPPOLA, P., *op. cit.*, pp. 399-423, que individúa y examina las hipótesis «neoplebiscitaria» y la «neoinstitucionalista», añadiendo al análisis su particular testimonio como intelectual empeñado en este debate político.

¹⁸ Aun siendo periodística no deja de tener cierto interés la crónica de esta fase escrita por MESSINA, S., *La grande riforma. (Jomini e progelli per una nuova Repubblica)*, Roma-Bari, 1992, útil, en particular, por los proyectos de ley que publica en el apéndice, pp. 159-210.

¹⁹ Para el análisis de este segundo referéndum véase: CORBETTA, P., y PARISI, A., «Il referendum del 18 aprile: le sfumature di un voto», en *Il Mulino*, núm. 3, 1993, pp. 509-519.

Un papel relevante con relación al cambio del sistema político, pero más confuso (y por esclarecer en muchos aspectos que quedan todavía **incomprensibles**), juega el presidente de la República, Francesco Cossiga, que de repente, a partir de septiembre de 1990, después de cinco años de actuación discreta y notarial, empieza a opinar con vehemencia sobre muchos aspectos de la vida política del país. ¿Qué pasa? De momento no hay otra explicación posible que la de vincular su rara y repentina actuación a un diseño estratégico cuyo objetivo parece ser una transición «desde arriba» hacia una República presidencialista. Esta parece ser la solución que Cossiga saca de la crisis del sistema político provocada por la caída del muro de Berlín. Para llevarla a cabo bombardea las instituciones, se aprovecha del descontento popular contra la partitocracia, cuenta con el apoyo del llamado «Partido del Presidente» (liderado por Craxi y por el secretario del MSI, Gianfranco Fini) y, para que conste, hace saber que cuenta con el apoyo de las Fuerzas Armadas ²⁰.

Protagonismo, locura o lúcida estrategia que fuesen, su cese adelantado (de dos meses, a finales de abril de 1992) libera al país de un elemento de confusión importante del cual Italia no tiene ninguna necesidad. Aun porque, mientras tanto, ha salido a la luz con las investigaciones sobre Tangentópolis, la cadena de corrupción en la que se ha basado la partitocracia a lo largo de los años ochenta.

Es ésta la tercera de las causas que llevan a la crisis de la República, y con relación a las anteriores, si no la más importante, la que funciona como detonante ²¹.

Por lo que se refiere al problema de la relación existente entre corrupción y sistema político hay que distinguir también entre varias fases y diferentes formas de ilegalidades. Una primera aproximación esquemática permite individuar:

²⁰ Una pequeña referencia en SALVADORI, M. L., *Storia d'Italia e crisi di regime*, Rotonica, 1994, p. 98. Una brillante y parcial crónica de la actuación presidencial es la de PANSA, G., *Il Regime*, Milán, 1991.

²¹ Hasta el punto de que hay quien ha escrito que «el desarrollo de las Ligas y las investigaciones de Tangentópolis habrían en cualquier caso provocado un gran desmoronamiento del sistema político italiano aunque no se hubiera producido la caída del comunismo soviético y la transición del peI al PDS»; SALVATI, M., «L'imprevista ma prevedibile caduta di un regime», en *La Malina*, núm. 352, 1994, pp. 237-248 y 243.

a) La fase que va desde el fin de la segunda guerra mundial hasta aproximadamente la mitad de los años setenta. Está caracterizada por la financiación por parte de países extranjeros, concretamente EEUU y Unión Soviética, respectivamente, a la Democracia Cristiana (y a sus aliados) y al PCI (y a otros partidos de izquierda: PSI e PSIUP). Trátase de financiación recíprocamente conocida y por supuesto ilegal, pero que nada tiene que ver con la corrupción. Es más, no afecta a la economía del país, sino todo lo contrario, puesto que son dólares los que entran en Italia ²². Con las novedades que se introducen en los años cincuenta, que constituyen un caso aparte del que se tratará en el punto siguiente, esta forma de financiación dura hasta la ley de financiación pública de los partidos (abril de 1974), medida que encuentra el favor de la mayoría de los italianos como demuestra el intento de suprimirla con el referéndum de 1978, cuando la propuesta de abrogación es aprobada tan sólo por el 43,6 por 100 de los votantes.

b) Dado el enorme aparato de los partidos, ni la financiación extranjera primero ni la pública después cubren los gastos. Hay que acudir a otras fuentes, bien sean privadas, bien sean públicas (las empresas del Estado). Modélica es, a este respecto, la estrategia desarrollada por la DC de Amintore Fanfani a partir de la mitad de los años cincuenta. En un doble sentido: por el empuje que recibe el intervencionismo estatal en la economía y por su vinculación a la financiación ilegal de la DC, que abre así las pistas que terminan en la corrupción. En el porvenir la DC tendrá que compartir estos ilícitos recursos con sus aliados de centro-izquierda, que tendrán como modelo la repartición de las financiaciones entre las varias corrientes demócratas-cristianas. A partir de aquí la financiación condicionará no sólo las relaciones entre los partidos, sino la vida interna de los mismos, puesto que de la cantidad de dinero conseguido depende la posibilidad de éxito de los diferentes líderes y de sus respectivas corrientes: en la DC antes y después en el PSI ²³.

e) Los años ochenta, también desde este punto de vista, tienen una fisonomía propia, cuya huella depende de la política de Craxi. Ya no hay una distribución proporcional de las comisiones entre los

²² Las dos principales fuentes al respecto son: COLBY, W., y FORBATH, P., *La mia vlla nella CA*, Milán, 1981; CERVETTI, E., *L'Oro di Mosca. La testimonianza di un protagonista*, Milán, 1993.

²³ Véase al respecto el ensayo de Filippo Mazzonis en este mismo número de *AVVER*.

partidos de la mayoría, sino la traducción en el plano de la financiación ilícita del «poder de coalición» que se ha visto con anterioridad. Craxi se coloca «en el centro de la telaraña de la financiación política, ampliándola en propio favor más rápidamente que los demás, convirtiéndose de esta forma en director y redistribuidor de la misma» 24.

Es esta tercera y última red de ilegalidades, de grandes y pequeñas corrupciones, la que las investigaciones milanesas sacan a la luz.

Tangentópolis es la consecuencia al mismo tiempo de la reforma del Código Penal de 1989, que asigna al fiscal poderes que antes no tenía, y de un clima político favorable que le permite llevar adelante las indagaciones en condiciones que no existían con anterioridad. Por esta razón hay que fijar la atención en los distintos momentos de desarrollo de los acontecimientos que se influyen recíprocamente. Es decir, que si formalmente hay que colocar su inicio el 17 de febrero de 1992, fecha del encarcelamiento de un exponente socialista milanés de segunda fila, es sólo después del «terremoto» electoral de principios de abril cuando el trabajo de los fiscales puede desplegarse mostrando su potencial abrumador. Hecho que lleva a su vez al resultado de las elecciones administrativas en varias ciudades del norte a mitad de diciembre, donde el PSI se reduce al 4 por 100 de los sufragios, la DC pierde la mitad de los votos y la Liga triunfa por todos lados. Y no hay quien no vea o admita las relaciones de causa-efecto en lo que ocurre.

Con relación a lo acaecido después, también el «terremoto» electoral del 5-6 de abril pierde varios grados en la escala sísmica. En efecto, el *quadripartito* (DC, PSI, PSDI y PLI) si bien es minoría en el país (48,8 por 100 de los votos) conserva la mayoría en el Parlamento (52,5 por 100 de los escaños), pero pierde una cantidad de votos en favor de la Liga Norte que gana en las regiones septentrio-

²⁴ Así escribe CAFACNA, L., *La grande slavína*, cit., p. 105, en el mareo de una explicación que de vez en cuando parece ser una justificación. Más en general, sobre la corrupción en el sistema político italiano véanse: CAZZOLA, F., *Delia corruzione. Fisiología e patologia del sistema politico*, Bolonia, 1988; ID., *L'Italia del pizzo. Fenomenología deLa tangente quotidiana*, Turín, 1992; DELLA PORTA, D., *Lo scambío occulto. Casí di corrazione politica in Italia*, Bolonia, 1992; CAFFIHA, V. M., *IL sistema deLa corruzione. Le ragioni, i soggeuí, i luoghí*, Bari, 1992; «Riflessioni su Tangentopoli», en *IL Passaggio*, 1993, núm. 6, pp. 3-28; SAPELLI, E., *Cleptocrazia. IL «meccanismo occulto» deLa corruzione tra economia e politica*, Milán, 1994; SII, A., *Malpaese*, cit.

nales, alcanzando el 8,7 por 100 de los votos a nivel nacional. Concretamente bajan la DC (que por primera vez desde su fundación se queda por debajo del 30 por 100) y el PSI (que baja por primera vez en la época de Craxi). Pierde también la izquierda, que paga la transformación del PCI en PDS, consiguiendo su mínimo histórico con el 16 por 100 de los votos, sin que la pérdida esté compensada por el 5,6 por 100 que obtiene *Rifondazione Comunista*.

Los que siguen son meses caóticos en los que la evolución de la vida política está condicionada por la crónica judicial y que merecen algunas consideraciones aparte.

5. Crónica de la crisis anunciada (1992-1994)

Frente a los acontecimientos que siguen al «terremoto» cualquier historiador que en el porvenir quisiera acercarse a la historia política italiana tendrá la clara sensación que la percepción que la clase política en el poder tiene es que «aquí no ha pasado nada».

Al séptimo gobierno Andreotti, respaldado por los de siempre (DC, PSI, PSDI y PLI), hecha excepción de los republicanos, que han intentado a última hora saltar del barco que se hunde, sigue, en efecto, a primeros de agosto, un *nuevo* gobierno del delfín de Craxi (y vicesecretario del PSI, con anterioridad varias veces ministro y ex vicepresidente del Consejo), Giuliano Amato, que obtiene la confianza de DC, PSI, PSDI y PLI.

Mientras tanto han tenido lugar la dimisión de Cossiga y la elección como presidente de Oscar Luigi Scalfaro (25 de mayo de 1992). Se dará poco después el cambio en la secretaría del MSI con la vuelta de Fini (6 de julio de 1992); de la DC, con la marginación del inoxidable Forlani, y el ascenso de Mino Martinazzoli (12 de octubre de 1992) y el cese, después de un reinado ininterrumpido de más de dieciséis años, de Craxi de la jefatura del PSI (11 febrero 1993). Al mismo tiempo han surgido nuevas formaciones políticas, como *La Rete*²⁵, el *Movimento dei popolari per la riforma*, liderado por Mario

²⁵ Fundado oficialmente el 24 de enero de 1991, el movimiento político *La Rete* resulta ser la sede donde confluyen y se coordinan experiencias sociales y políticas diferentes: desde el progresismo católico moderado y, a menudo, ex demócrata-cristiano (como en el caso del alcalde de Palermo, Leoluca Orlando), hasta cierto desencanto ex o poscomunista (como en el caso del ex alcalde de Turín, Diego Novelli), pasando por Nando Delia Chiesa, hijo del general asesinado por la Mafia, animador de la ex-

Segni 26 (10 de octubre de 1992), la *Alleanza democratica* 27 (17 de octubre de 1992) y se ha puesto en marcha el proceso de transformación de la DC en *Partito popolare* (PPI), que se concluirá con el congreso que se celebra en Roma entre el 23 y el 26 de julio de 1993.

Pero, y sobre todo, ha recibido la comunicación de que la magistratura está investigando sus actuaciones un elenco interminable de políticos de primera y segunda fila, del centro y de la periferia, entre los cuales merece destacar los nombres de Craxi, De Michelis, Forlani, Gava, Formica, Cirino Pomicino y de ministros como Martelli, Goria y De Lorenzo, que dimiten alrededor de la mitad de febrero de 1993.

A estas alturas, frente a una clase política desprestigiada y a un Parlamento que, si bien comprometido en llevar a cabo las reformas y que de hecho cumple (con sospechoso frenesí vota una reforma del empleo público, la elección directa de los alcaldes, etc.), para muchos observadores ha perdido su legitimidad; había dos opciones: volver a votar con el sistema electoral en vigor y entregar al nuevo Parlamento relegitimado el poder de elegir las formas de la transición hacia una Segunda República (reforma electoral incluida) o anteponer las reformas electorales al nuevo voto, considerando todavía legítimo el Parlamento elegido en 1992.

Análoga situación y posibilidad se presenta al cabo de algunos meses, cuando, a finales de abril de 1993, la Cámara no aprueba algunas de las peticiones enviadas por la magistratura para investigar sobre Craxi y los ministros del PDS, por protesta, dimiten del gobierno Ciampi que acaba de tomar posesión.

La emoción y la tensión en el país son muy grandes. Nunca como ahora la principal institución de la democracia republicana había sido

perieneia política y editorial milanesa de *Società civile*. La versión y los propósitos de este último con relación a las posibilidades de *La Rete* se pueden leer en la interesante entrevista DELLA CHIESA, N., *Milano-Palermo: la nuova Resistenza*, Milán, 1992.

²⁶ Segni apostará en la fase siguiente por *Alleanza Jemocratica*, para luego separarse de una forma damorosa de la misma y constituir el *Pallo Segni*, que en las elecciones políticas de 1994 alcanzará el 4,6 por 100 de los votos (proporcional para la Cámara).

²⁷ Agrupación de centro-izquierda integrada por algunos políticos y periodistas sin ninguna base social en la perspectiva de constituir el centro pensante y el motor de una más amplia agrupación de la izquierda italiana, moderada, demócrata, reformista y anticomunista. Su principal animador es Fernando Adornato. En las elecciones políticas de 1994 ha obtenido el 1,2 por 100 de los sufragios (para la Cámara).

tan desprestigiada a los ojos de los ciudadanos. Se podría disolver el Parlamento y volver a las urnas. Pero no es esto lo que ocurre.

En favor de la otra opción juegan muchos factores. Entre ellos la negativa de un Parlamento que se resiste a su propia autodisolución en virtud del hecho de que la mayoría de los diputados tiene muy claro que no volverá nunca más a sentarse en él. En segundo lugar, el de la oposición de izquierda, que no empuja lo suficiente en esta dirección, quizá porque confía en un éxito electoral a pesar de la fecha de las elecciones, quizá porque, por no estar completamente convencida de la necesidad de entrar en el gobierno Ciampi, encuentra ahora la ocasión (o el pretexto) para dar marcha atrás y no comprometerse con las impopulares medidas económicas de ajuste que Ciampi tendrá que tomar.

Pero es sobre todo el presidente Scalfaro el más decidido a rechazar la opción electoral. El tiene una razón «fuerte» (pero opinable) en asignar la prioridad al cambio del sistema electoral como han pedido millones de ciudadanos a través del referéndum. Pero tal vez hay algo más. Por supuesto no puede compartir la opinión de quien valora de deslegitimado al Parlamento por la sencilla razón de que es aquel Parlamento el que le ha elegido. Además queda la sospecha de que pretenda conceder a su viejo partido, la DC, más tiempo para llevar a cabo su transformación en PPI.

Trátase sólo de pistas que habrá que comprobar con el tiempo, pero que de momento permiten pensar en la legitimidad de la hipótesis que ve en estos meses un período decisivo para la reorganización de la derecha y el triunfo de la solución moderada y continuista frente a la crisis de la Primera República.

En cualquier caso son meses trascendentales que si, por un lado, ven al principal símbolo de la clase política en el poder, Giulio Andreotti, afectado por dos comunicaciones judiciales (27 de marzo y 9 de junio de 1993), la primera por presunta actividad mafiosa, la segunda por presunto concurso en el homicidio del periodista Mino Pecorelli, por otro registran una turbia y novedosa vuelta a las bombas en las calle. Las que estallan el 14 de marzo en Roma, el 27 del mismo mes en Florencia, el 27 de julio en Milán y otra vez en la capital (o que son descubiertas antes de su explosión, como la de Roma del 2 de junio, día de la República y cerca del Parlamento), dibujan una estrategia del terror distinta de la anterior y al mismo tiempo incomprensible sin ésta. Han sido atribuidas a la mafia, pero como se ha

escrito en un primer intento de interpretación, parecen ser un recurso extremo por parte de quien por el temor a perder influyentes y autorizadas protecciones, advierte que no está dispuesto a pagar solo ²⁸.

En este clima por fin, el 4 agosto de 1993, el Parlamento aprueba la nueva ley electoral, una variante del llamado «sistema a miembro añadido», que prevé la elección de 472 diputados y de 238 senadores, iguales al 75 por 100 de los escaños en las dos Cámaras, por medio de un sistema mayoritario en colegios uninominales, y la elección del 25 por 100 restante (158 diputados y 77 senadores) con voto proporcional de listas, expresado con relación a colegios regionales plurinominales. Unica diferencia entre Cámara y Senado es el quórum necesario, que para la primera es del 4 por 100, mientras que no existe para el segundo ²⁹.

Merece destacarse el hecho de que, aun si aprobada con el 55,4 y el 59,3 por 100, respectivamente, de los votos, la nueva ley electoral cuenta en realidad con la aprobación tan sólo de una minoría de representantes, puesto que si se consideran las ausencias los porcentajes bajan, respectivamente, al 45,6 y al 40,7 por 100. Un dato que si no quita, por supuesto, la legitimidad formal del voto, sí deja pendiente una valoración política y moral sobre el efectivo significado del cambio ³⁰.

Con razón se ha escrito que «la primera paradoja de la reforma es, pues, haber sido realizada bajo el control de aquella clase dirigente contra la cual estaba dirigida». Si se considera además que han votado en contra muchas de las fuerzas políticas no comprometidas con el anterior régimen, resulta curioso constatar que la ley electoral que tenía que hacer limpieza del viejo régimen ha sido votada justamente por los partidos que de este régimen formaban parte ³¹.

En los meses siguientes se celebran dos turnos de elecciones administrativas en las principales ciudades, que bien sea en la vuelta del 6-20 de junio, bien sea en la del 21 de noviembre-5 de diciembre, llevan en su gran mayoría al triunfo de los candidatos y de las

²⁸ SILJ, A., *Malpaese*, cit., pp. 449 Yss.

²⁹ D'ALIMONTE-CUIARANTE, A., «Il nuovo sistema elettorale italiano; quali opportunità?», en *Rivista italiana di Scienza Politica*, núm. 2, 1993, pp. 513-547.

³⁰ WARNER, S., y GAMBETTA, D., *La retorica della riforma. Fine del sistema proporzionale in Italia*, Turín, 1994, pp. 8-9.

³¹ *Ibid.*, pp. 51-52, 63.

listas progresistas (coalición integrada por PDS, *Rifondazione comunista*, PSI, *Rete*, AO y *Verdi*).

En realidad el que sopla es un viento de derechas. Lo que falta es alguien que sepa canalizarlo y orientarlo. Para esta tarea se ofrece, con un despliegue de medios impresionante y con formas de autopromoción inéditas en la vida política italiana, Silvio Berlusconi³². Le ayuda el repentino maquillaje que Fini impone a su propio partido en enero de 1994, transformando el MSI desde un impresentable heredero del fascismo en una aséptica *Alleanza Nazionale*. No en un congreso constituyente con delegados elegidos por la base, sino en una informal asamblea de dirigentes locales y de sus amigos, sin debate previo, sin nada. Y que se trate de una operación cosmética lo demuestra el hecho de que para las elecciones volverá a presentar el 95 por 100 de los parlamentarios que cesan³³. Al carro se suma la *Lega* de Bossi, que con sutil olfato huele la posibilidad de conseguir al mismo tiempo un éxito electoral y pasar el umbral del Gobierno.

Estos tres componentes, y con ellos algunos grupos residuales de los viejos partidos, concretamente de la derecha demócrata-cristiana (CCO) y de los liberales, se presentan juntos como *Polo delta liberta* en las elecciones políticas del 27-28 de marzo de 1994, consiguiendo el 42,9 por 100 de los votos para la Cámara con el voto proporcional. Votos que en virtud de la nueva ley electoral les permiten conquistar el 64 por 100 (302 diputados) de los colegios uninominales y el 41 por 100 (64 diputados) de los escaños proporcionales; en conjunto, la mayoría absoluta (58,1 por 100) de los diputados. Mientras

³² Sobre la actuación de Berlusconi como jefe del Ejecutivo es de momento imposible cualquier aproximación que pretenda ser historiográfica. Ni, en línea de principio, hay que suponer una perfecta continuidad entre lo que el empresario ha sido con anterioridad y su actual papel. Pero sobre la anterior fase y con relación a la formación de su vasto imperio inmobiliario, comercial y financiero quedan muchos interrogantes y amplias zonas de sombra. Jlabrá que volver sobre la literatura periodística que ha denunciado el singular paralelismo que se ha dado entre el desarrollo de la logia masónica *Propaganda 2* (P2), el ascenso de Craxi a la secretaría del PSI y a la jefatura del gobierno y los más decisivos acontecimientos del grupo Berlusconi. Varias pistas al respecto se abren en RUGGERI, G., y GIARINO, M., *Berlusconi. Inchiesta sul signor TV*, Milán, 1994.

³³ Lo hace notar muy oportunamente VALENTINI, C., «Alleanza Nazionale: la componente "storica" del Polo della liberta», en GINSBORG, P. (ed.), *8Lato dell'Italia*, Milán, 1994, pp. 677-681. Más en general sobre la anterior parábola del neofascismo italiano, véase: ICNAZI, P., *Il polo escluso. Profilo del Movimento sociale italiano*, Bologna, 1989.

en el Senado, con el 40,2 por 100 de los votos, consiguen el 55 por 100 de los escaños uninominales y el 32 por 100 de los proporcionales; en conjunto el 49,2 por 100 de los escaños, que no le permite alcanzar la mayoría.

El centro (PPI y *Patto Segni*), con el 15,7 por 100 de los votos, obtiene 42 escaños con la proporcional y cuatro en los colegios uninominales en la Cámara, y con el 16,7 por 100 de los votos para el Senado logra 28 escaños con la proporcional y tres en los colegios uninominales.

La coalición de izquierda (*Progressisti*), integrada por PDS, *Ri-jondazione comunista*, PSI, *Rete*, *Verdi* y *Alleanza Democratica*, consigue el 34,4 por 100 de los votos proporcionales para la Cámara y obtiene 164 diputados en los colegios uninominales, y 39 con el proporcional, alcanzando 213 escaños (33,8 por 100 del total). Mientras en el Senado, con el 33,1 por 100, obtiene 96 escaños uninominales y 26 proporcionales, con un total de 122 diputados (38,7 por 100 del total) ³⁴.

Un rápido análisis del voto permite afirmar, en primer lugar, que la coalición de derecha obtiene un triunfo rotundo en las regiones septentrionales, mientras la izquierda, al margen de la confirmación de su fuerza en las del centro, parece resistir mejor en la Italia meridional. Dado el diferente resultado entre Cámara y Senado, se puede notar, en segundo lugar, la orientación preferente del voto juvenil hacia la derecha, puesto que el derecho electoral activo se alcanza a los dieciocho años para la primera y a los veintiuno para el segundo. En fin, si se considera que la vieja mayoría de *quadripartito* había conseguido en su peor momento (el «terremoto» de 1992) el 49 por 100 de los votos, hay que destacar que la nueva mayoría derechista obtiene un respaldo electoral bastante inferior, contando tan sólo con el 42,9 por 100 de los sufragios.

Por lo que se refiere a su interpretación, se han destacado varios aspectos. Entre ellos tienen indudable consistencia el que subraya la capacidad de la derecha de presentarse como algo nuevo sin serlo y el límite de la izquierda de no haber conseguido convencer al electorado de que el verdadero cambio se habría producido con su victoria; el que hace hincapié sobre el empleo masivo de la televisión (es

³⁴ Un primer análisis del voto se puede leer en DIAMANTI, I., YMANNIEMER, B., *Milano a Roma. Guida all'Italia elettomle del 1994*, B.oma, 1994.

decir de *sus* televisiones) por parte de Berlusconi, y en fin, el que ve en el mensaje optimista, de recuperación y nuevo «milagro económico» lanzado por Berlusconi (que durante la campaña electoral ha llegado a prometer un millón de nuevos puestos de trabajo), la verdadera razón de su éxito, frente a una izquierda empeñada en indicar un camino de lágrimas y sangre para contener y reducir la impronunciable cifra alcanzada por la deuda pública.

Pero más que nada el resultado electoral parece ser el fruto del extenso descontento producido por decenios de ineficiencias administrativas y de irresponsable confusión entre clientelismo asistencialista y Estado social; por retenciones fiscales de nivel escandinavo a cambio de servicios inadecuados. Un malestar que se ha traducido en protesta contra el presunto estatismo y centralismo de un Estado que de verdad no era tal, sino, y más sencillamente, desorganizado, ineficaz, presa de los más diferentes gremios corporativos que encontraban sus cómplices en los partidos de la mayoría, cuyos dirigentes casi nunca han podido exhibir tener clara la diferencia entre los intereses privados y los públicos y cuya gestión se ha caracterizado por el saqueo del Estado.

La afirmación de la derecha –*si* tiene sentido esta hipótesis interpretativa– se presenta entonces como una revancha de lo privado sobre lo público. O, para expresarlo de una forma más aséptica, como una multitudinaria apuesta sobre las posibilidades del mercado, concebido de forma naturalista cuando parecía agotada la confianza en las del Estado.

y ¿quién mejor que un gran empresario para afirmar los derechos del privado, pese a su manifiesta incapacidad de distinguir entre lo suyo y la *res publica*? ¿Qué cambio más radical que la transición desde la primacía de la política y de los partidos sobre la economía y la sociedad civil hasta el prevaler de las razones de las empresas y de la economía sobre el Estado?

Con Berlusconi la empresa se ha hecho antes partido (los empleados y los ejecutivos de la Fininvest se han trasladado a *Forza Italia*) y después Estado.

Su ascenso parece enmarcarse en la ola neoliberalista que recorre Occidente, cuyos frutos conocidos han sido el tacherismo y el reganismo, frente a los cuales la recién estrenada versión italiana sólo añada cierto radicalismo debido al retraso con el que ha conseguido afirmarse.

Con todo esto ni la conclusión de la crisis italiana aparece preterminada ni puede considerarse estable la actual configuración de la sociedad política y de la República. La mayoría está recorrida por fuertes tensiones; cada uno de sus componentes sigue teniendo objetivos antiéticos con los de sus aliados; un nuevo cambio del sistema electoral (o un apaño) está en tela de juicio y la reestructuración de los partidos sigue estando a la orden del día tanto en la derecha como en la izquierda.

Hay una luz rara en el cielo de Italia. La misma que de vez en cuando se da tanto en la proximidad de la aurora como durante el ocaso. ¿Estará la noche por detrás?